



LA CHICA DE AMARILLO



Juan Domingo Aguilar

LA CHICA DE AMARILLO

Prólogos de Antonio Praena

y Javier Fernández


ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Te lo voy a decir de otra manera.
Prólogo de Antonio Praena.

Lo comentábamos hoy mientras su careto pasado por la estilista ocupaba el primer plano de un programa rosa: «este chico dejó de escribir esas empalagosas canciones de amor cuando se enamoró de verdad». El resto de detalles —retirada de los escenarios incluida y alguna querrela de por medio— nos lo vamos a ahorrar.

Quizá por eso *La chica de amarillo* llamó la atención de la editorial Esdrújula y mi atención misma. Antes de conocer la identidad de su autor, discutíamos si se trataba de un joven *joven* o de un viejo poeta haciéndose pasar por joven. Después supimos de su persona y Juan Domingo Aguilar nos pareció un verdadero descubrimiento. Porque, a cierta altura de la vida, que alguien te impulse a volver tu mirada hacia él —también la mirada literaria— es más que reconfortante, especialmente cuando prolifera un tan empalagoso «más de lo mismo» en la voz de muchos vates que hablan de amor repitiendo los peores estribillos de tantos como antes lo hicieron.

Y es que *La chica de amarillo* cae en la cuenta de que amar no es lo que nos han contado ni lo que nosotros soñábamos. De ahí nuestra sana curiosidad por conocer la identidad de su autor. Y la alegría de descubrir talento joven de verdad —por lo que se refiere al talento y por lo que se refiere a la juventud—.

Juan Domingo Aguilar

Da igual si este original, personal poemario ha pasado por la experiencia del cantante que escribía de amor hasta que conoció el amor o no. Porque esa es la grandeza de la literatura: nos introduce en nuevas experiencias desde la literatura misma y nos deja vivir nuevas vidas que no caben en las lindes del tiempo en que duramos. Lo que importa es que Juan Domingo ha levantado un libro verdadero; y de la imposibilidad de amar, siendo imposible que no queramos sino amar, ha hecho virtud poética y estilo propio.

El desengaño del futuro es creíble en este libro. Quizá porque realmente hay futuro. Y no, no se trata del tópico según el cual toda nostalgia lo es del futuro. Se trata de la conciencia de que en el futuro entramos de verdad cuando comenzamos a ser nosotros mismos. Poéticamente también. Precozmente —como hace Juan Domingo— también.

Una voz le habla a su voz desde otras voces. No encontraremos un poeta que proyecta sobre el papel excrecencias sentimentales. Hay una forma de saberse y saber el mundo que habitamos que no precisa convertir a los oyentes en pantalla de nosotros mismos. Tampoco se trata de convertir un poemario en el centro comercial donde se ofertan emociones. La demanda afectiva —tan rentable para la lírica actual— no cede aquí al reclamo facilón. No hay un poeta que, envuelto en papel cuché, convierta estas páginas en prensa rosa más o menos justificada literariamente al amparo de la absolutoria juventud de su autor.

Estudiar, trabajar, enamorarse, compartir piso, adoptar un perro. Renunciar a cosas. Pensar una vida. Organizar las vacaciones. Estudiar, trabajar, enamorarse otra vez; volver al perro. «¿De verdad quieres acabar así?» Juan Domingo no nos cuenta lo que vive. Ya ha descubierto que la poesía no va de eso. En Juan Domingo se escucha la voz de una generación que empieza a descubrir la mentira de esta forma plana de estar en que nos han educado. Se trata del desengaño, pues no tenemos las riendas de nada, empezando por nuestros sentimientos. Organizar las semanas en función de los cambios de humor. Una generación sin absoluto, una generación en despedida. «Dice que madurar es aprender a despedirse».

Quizá tenga que ver con la muerte, con alguna visita al tanatorio. O con la impotencia de los libros, porque en los tanatorios y en las bibliotecas todo el mundo mira al suelo sin saber qué decir.

Este libro nos pone ante el hecho de que todos van a la salida y vuelven. A tanatorios y bibliotecas nadie quiere ir, pero siempre están llenos.

Superponer voces e imágenes sin dar demasiadas explicaciones. ¿No somos eso, también eso, cada uno de nosotros? De entre las muchas definiciones y demás impotencias que se han eyaculado sobre la identidad del poeta, quizá venga a sumarse otra, la que ocurre en este libro —porque un poeta es algo que ocurre—: poeta es una superposición, un cúmulo de absurdos que en un destello de instante parecen tener sentido. Y un cúmulo de sentido que deja abierto un boquete de absurdo.

Juan Domingo Aguilar

Juan Domingo, en todo caso, se nos revela poeta porque parece no importarle mucho la poesía y sí ese no sé qué que es al final lo que queda porque es desde el principio lo que nos ha llevado.

Y, entretanto, parece que lo único seguro es el exceso de sufrimiento, su desproporcionada magnitud frente a la desproporcionada estupidez del poeta y sus cosas. Te lo voy a decir bien clarito, la vida nos lo dice bien clarito: mira eres tonto y no tienes ni idea de los golpes maquillados, de todos los vestidos que hay en la basura, de todas las mujeres que esta noche no volverán a su casa, de todos los maricones represaliados o ahorcados en Qatar, de todos los cuerpos de los niños que yacen en las playas de Turquía, de todas las Europas no alcanzadas, de todos los orificios de bala que se suman en las casas familiares de Gaza Alepo Nom Pen Yuba. Te lo voy a decir, estúpida poesía, para que dejes de hacer el ridículo. Eso escucharemos en estas páginas.

Y te voy a decir que «el estropajo es temporal, / me digo, / el jabón es temporal, / me digo». Porque si no te lo escupo, poeta, a la cara; si no lo hago, entonces los pinchazos en los dedos de mi abuela mientras cosía vestidos para los nuevos ricos de París en un cuarto trasero de París mientras París vivía tras las paredes de París, si no te lo digo, entonces, entonces, esos pinchazos no habrían servido para nada.

Te lo voy a decir, poeta del ombligo y los mechones rosa y las hojitas otoñales y el té de invierno en un puto sofá con perrito: te voy a decir lo complicada que es tu vida y cómo

puedes arreglarla: ponte a fregar los baños de Europa y luego camina 50 kilómetros para llevar agua limpia a tu madre. Y luego nos lo cuentas en unos versos y los cuelgas en Instagram, a ver si hay cojones.

Y, entretanto, como esos ciclistas vestidos de amarillo que aparecían cuando menos lo esperabas en la película *La eternidad y un día*, de Theo Angelopoulos, la chica de amarillo reaparece con su vestido. Y no es solo un recuerdo. Es una marca en el metraje. Una fecha en ningún calendario.

El nacimiento de una voz es siempre un soplo de esperanza. Si esa voz es diferente, la esperanza, entonces, es auténtica. Pues es connatural a la esperanza la diferencia. Y me alegra por ello darle la bienvenida a Juan Domingo Aguilar y su chica de amarillo.

Prólogo de Javier Fernández.

Conocí a Juan Domingo Aguilar en Granada, en la sala de un tanatorio, perdón, una biblioteca, en la que nos habíamos reunido para hablar de poesía. Cuando le tocó el turno, y con esa prisa que le caracteriza, balbuceó unos versos irónicos y desenfocados, pero extrañamente embriagadores, que llenaron el ambiente como el humo de un canuto, y recuerdo que pensé que tenía la mirada tierna y penetrante de un verdadero poeta, oculta bajo una máscara que le quedaba pequeña.

Unos meses después, nos reencontramos en Córdoba, en el laboratorio de Ucopoética, y me confesó que se había deshecho de aquella máscara (yo creo que la perdió en el desierto de Arizona, en Tallin, en Cannon Street o en algún bar en el que sirven comida japonesa). Me dijo que llevaba tiempo sin escribir, pues le sobraban las imposturas y no le bastaba ya con la ironía. Pusimos algunos de sus versos bajo el microscopio y vimos las viejas hebras de la poesía de la experiencia (el agar nutritivo en la placa de Petri), junto a una inesperada bilis negra y un puñado de motivos recurrentes (los microorganismos del cultivo). El más carveriano de todos ellos, el vestido amarillo, resultó ser un símbolo poderosamente llamativo, y Juan Domingo se quedó en el encargo de construirle un poema. Una vez que se puso a ello, como

Juan Domingo Aguilar

sucede a veces, descubrió que tenía tanto que decir que el poema ha terminado convirtiéndose en un libro de poemas.

La chica de amarillo es un torrente emocional escrito con la urgencia del que ha callado mucho tiempo y necesita gritar. Pero la voz que grita no es estridente, sino suave, temblorosa. No es firme, ni impositiva, se inclina, duda, se dobla. Todo arte es cuestionamiento, pero aún más la poesía, donde las certezas conducen al fracaso artístico tanto como los errores. Me gustan las contradicciones de estos poemas: que el reproche se lea como culpa, que el narrador aparente seguridad y denote sus propias inseguridades, que no se sepa muy bien cómo sucedió (o si sencillamente sucedió) todo lo que se pretende afirmar. En última instancia, de lo que se trata es de construir un territorio, un paisaje emocional que aquí tiene que ver con la presencia constante del recuerdo, con la memoria entendida como una voz que nunca se calla. Etimológicamente, recordar es volver a pasar por el corazón (re: de nuevo, cordis: corazón), y esto es lo que hace Juan Domingo, traer al corazón instantes de tiempo congelado, colapsado, momentos que ya no existen (si es que alguna vez existieron) y que nos definen hoy.

Esto ocurre cuando el poeta dirige la mirada al interior, a lo que conoce y recuenta, pero hay en *La chica de amarillo* también una mirada al exterior, a lo que no conoce y, por tanto, imagina. Son esos otros vestidos que revelan el compromiso de Juan Domingo con una realidad más amplia y más dolorosa. Es aquí donde la bilis negra se vuelve amarilla,

{ 14 }

La chica de amarillo

como el mismo vestido, donde la melancolía se hace cólera y denuncia, donde lo individual se vuelve colectivo. Otra textura del dolor, que se añade a los intereses de una voz embriagadora que al fin se desata y comienza su recorrido.

La chica de amarillo

Para mi hermana,
la verdadera voz poética de la familia.

*Soñé contigo, pequeña,
llevabas puesto la mitad de tu vestido.*

LEONARD COHEN

LA CHICA DE AMARILLO

Cuando abras este libro

Me llamas me dices *quién te crees que eres*
para hablar de mí para hacer públicas
nuestras intimidades mis traumas
escribo de lo que conozco cómo me hace sentir
lo que me rodea incluida tú durante mucho tiempo
fuiste agua mientras atravesaba un desierto
de farolas a medianoche por las calles de esta ciudad
que ahora nos ve tratarnos como esas parejas
que bajan la vista en mitad del pasillo de su casa
para no mirarse a la cara que duermen de espaldas
cada uno en un extremo de la habitación
son más grandes la grietas en todas las camas
de los que una vez pensaron que iban a ser felices
que las que hay en las fachadas de edificios
medio derruidos en Tallin

me llamas me dices *lo has conseguido*
enhorabuena me has hecho llorar
me has destrozado entera cuál es tu objetivo
preguntas y yo no puedo no tengo nada más
que decir dentro de unos años cuando abras este libro
con miedo a descubrirte a ti misma a través de mis palabras
pensarás —aunque solo sea durante unos segundos—
que una vez creímos conocernos

Juan Domingo Aguilar

pensarás si todavía recuerdo
de qué color era tu vestido

Retrato

Sale de la ducha por la mañana
el agua siempre fría saca de paseo
al perro piensa en el trabajo
en terminar la carrera en cualquiera
de los traumas que arrastra desde
que decidió que ella era distinta desde
que se convenció de que en su casa
no puede haber sitio para dos

metro setenta el color de los ojos
depende de la hora del día
el pelo corto el color distinto
depende de la época del año
escucha concentrada los problemas
de todos los que la rodean
esperando su oportunidad
siempre hay un motivo para
estar mal nadie la entiende

cuando llegue la noche
volverá a cambiarse de ropa
un vestido amarillo sacar al perro
una hora antes de bajar a la ciudad
coger el autobús esperar que suene

Juan Domingo Aguilar

el teléfono es el chico que conoció
la semana pasada *cómo ha ido el día*
cerveza risas planes de verano juntos
todavía no sabe casi nada de él todavía no sabe
qué siente todavía no sabe qué pasará
todavía no sabe si esta vez será distinto
todavía no sabe por qué duerme con él
todos los días si lo único que quiere es estar sola

La chica de amarillo

Todas las canciones hablan de mí / Un buen día

Para Gonzalo de la Orden

*Había días en los que Ramiro no quería salir de casa,
pero cuando lo hacía, nunca quería volver.*

JONÁS TRUEBA

Me levanto son las doce vienen a recogerme
hemos quedado para ir a ver unos conciertos
he dormido tres horas la noche anterior
fue larga aguantamos como siempre
con gafas de sol uno detrás de otro
sin contar la horas vamos al recinto
nos encontramos con muchos conocidos
cervezas risas los amigos juntos

suenan Los Planetas *es un buen día*
pienso cervezas risas los amigos juntos
bailamos canciones que hablan de nosotros
que hablan de los años en esta ciudad
canciones que preparan la llegada del verano
canciones que hacen olvidar el calor

es un buen día pienso me giro entras por la puerta
un vestido amarillo cerveza risas el pelo muy corto

Juan Domingo Aguilar

me miras te miro *creo que nos conocemos*
te ríes me dices *nos conocimos hace cuatro años*
es un buen día cerveza risas el pelo muy corto

recuerdo todas las canciones que sonaron aquella noche

Me lo dijo mi padre

Mi padre me dijo *por mucho que te guste el cine*
tu vida nunca será como esas películas
el día que te conocí supe que tenía razón
ni siquiera Woody Allen podría haber
hecho un personaje a tu medida
los guionistas de *Friends* no habrían
encontrado la forma de que acabaras
conmigo después de diez temporadas
Ross y Rachel habrían acabado amenazándose
Sorrentino no habría tenido suficientes
planos para retratarte Hitchcock a tu lado
habría sido un director de comedias
Psicosis habría sido una película romántica
no hay forma cinematográfica de explicarte
que tus traumas no son un fallo del guión
son una problema interpretativo
no hay forma de hacerte ver
que por mucho que te guste el cine
tu vida nunca será como esas películas